J. K. FRANKO

DIENTE POR DIENTE

LA LEY DEL TALIÓN 2

booket

J. K. Franko

Diente por diente

La Ley del Talión, 2

Traducción de María M. Perote

Planeta

Certificado PEFC

Este libro procede de bosques gestionados de forma sostenible y fuentes controladas

PEFC/14-38-00305

www.pefc.es

eBook
DISPONIBLE

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Tooth for Tooth*

© J. K. Franko, 2020
Traducción de María M. Perote
© Editorial Planeta, S. A., 2023
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Esta novela es una obra de ficción. Los nombres, personajes e incidentes que aparecen en ella son producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, eventos o escenarios es mera coincidencia

Adaptación de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta
Imagen de la cubierta: © Tony Marturano
Primera edición en Colección Booket: abril de 2023

Depósito legal: B. 5.198-2023
ISBN: 978-84-08-27083-6
Composición: Moelmo, SCP
Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.
Printed in Spain - Impreso en España

PARTE I

Billy Applegate, 1974

A todo el mundo le gustan las fiestas.

Y no hay nada como una fiesta con los políticos. Y no me refiero a una fiesta con la familia de tu mujer, no. Me refiero a una reunión por razones políticas. En este caso en concreto, la celebración de una noche electoral.

¿Qué se necesita para que una fiesta tenga éxito? Bueno, lo habitual: comida, bebida y, por supuesto, mucha música. Pero ¿qué es lo más importante? La gente. Y no solo me refiero al «quién», sino también al «por qué».

La gente disfruta más de una fiesta cuando tiene una razón de ser. Velatorios, cumpleaños y aniversarios, todos tienen una razón y cuentan con un invitado de honor, pero la celebración de una noche electoral es algo muy diferente.

En las fiestas de las noches electorales los protagonistas no son solo una persona o una pareja. Son un grupo de personas: los invitados.

Las personas que se reúnen para seguir los resultados de las elecciones forman una sola mente. Un solo

espíritu. Son como los animales de una manada. Todos con la misma piel. Todos concentrados en el resultado. Todos compartiendo los mismos héroes y enemigos.

Si su candidato gana, ellos ganan.

En cierto modo, las fiestas de las noches electorales son parecidas a las reuniones para ver una competición deportiva. Pero en el deporte no hay premio para los aficionados.

Por el contrario, una victoria política equivale a cambios en el mundo real para quienes apoyan ese partido, como beneficios fiscales, inversiones gubernamentales o nombramientos judiciales. Y si hablamos de una fiesta política de alto nivel, de las elecciones nacionales, donde están presentes los candidatos y los donantes más importantes, entonces las apuestas son todavía más elevadas. Una victoria no supone solamente cambios para los vencedores, sino también y muy probablemente, dinero.

Esta fiesta en particular tuvo lugar en Maryland en 1974. Para ser precisos, ya que puedo serlo, esta fiesta se celebró el martes 5 de noviembre, noche de las elecciones generales.

Había sido un buen año para los demócratas. Eran las primeras elecciones nacionales después del escándalo Watergate. La dimisión de Nixon había dañado gravemente las posibilidades de los republicanos. Gerald Ford llevaba justo tres meses en la presidencia, después de haber sustituido a Richard Nixon unos meses atrás. Y por supuesto, al haberlo perdonado en septiembre, Ford había destruido sus posibilidades de reelección y contribuido a la animadversión nacional contra los republicanos.

La fiesta tuvo lugar en una espaciosa casa de estilo colonial decorada para la ocasión en rojo, blanco y azul,

con banderas norteamericanas colgando de ventanas y barandillas. Tenía un gran salón y un amplio comedor. La cocina era también espaciosa y estaba bien equipada. Contaba con un bonito jardín con porche y una terraza que rodeaba la piscina. Los cuatro dormitorios principales y el de invitados se encontraban en la planta de arriba.

Cerca de la barra habían colocado el juego «Ponle la cola al burro»[1] para que se entretuvieran los que tenían sentido del humor. La verdad es que nadie jugó.

La casa pertenecía a Daniel y Annette Applegate, dos orgullosos miembros del Partido Demócrata de Maryland.

La familia de Dan siempre había estado involucrada en política. Su abuelo fue representante estatal. Su padre, juez de distrito durante la mayor parte de su carrera. Dan, nacido Daniel Parsons Applegate IV, pertenecía a la cuarta generación de los Applegate admitidos por el Colegio de Abogados de Maryland. Aunque nunca había ocupado un cargo público, conocía bien el valor de los contactos políticos y se esforzaba por cultivarlos.

Esa fiesta era parte del esfuerzo.

Dan iba vestido con uno de esos trajes beis de grandes solapas, cuello de camisa extragrande y corbata ancha que estaban de moda en aquella época. La corbata era de color burdeos. Annette llevaba un estrecho traje de pantalón de campana azul marino, con un cinturón do-

1. Juego en el que una persona con los ojos vendados intenta colocar una cola de papel en el dibujo de un burro. El burro es además el animal que representa a los demócratas. *(Todas las notas son de la traductora.)*

rado, una blusa azul cielo y un par de pendientes de oro. Llamativo, aunque no demasiado. Su hijo de doce años, Billy Applegate, iba con un peto de color verde oscuro, camisa blanca y zapatillas azules marca Keds. Billy era un chico guapo que había heredado los ojos azul aciano de su madre y el denso cabello trigueño de su padre. Llevaba el pelo corto.

Billy era hijo único. Sus padres lo adoraban, al igual que sus abuelos, pues se trataba del único nieto de ambas familias. Aun así, Billy era un buen chico y sabía que debía mantenerse apartado de sus padres cuando tenían invitados. Sin embargo, se quedó cerca, como parte de la fiesta, atento a cuanto ocurría. Tenía una edad en la que todavía disfrutaba observando a los mayores. Espiándolos. De hecho, conocía muchas de las caras por otras reuniones de ese tipo. Se trataba de una comunidad pequeña.

Esa noche, martes, los invitados llegaron temprano, muchos de ellos directamente del trabajo y antes de que cerrasen los colegios electorales.

Iba a ser una noche larga.

La banda tocaba alegremente. El alcohol corría sin parar. En el aire había un sentimiento de anticipación, de emoción ante la perspectiva de una gran victoria demócrata. Después de todo lo que Nixon había hecho pasar a la nación, ¿cómo no iban a querer los votantes un cambio?

Un televisor en blanco y negro de veinticinco pulgadas inserto en un mueble de caoba anunciaba en el salón los resultados a medida que llegaban. Dan permanecía cerca del teléfono verde colgado en la pared de la cocina, al que llamaban constantemente los demócratas encargados de comunicar los resultados de las

votaciones actualizados al minuto. El cable de cuatro metros de largo le permitía caminar y descargar la ansiedad mientras recibía las llamadas.

Recuerda que todo esto sucedió en un tiempo anterior a las máquinas de votación informatizadas. En aquel entonces, los votantes iban a los colegios electorales con sus papeletas y utilizaban máquinas manuales para agujerearlas. Después estas se recogían y transportaban a un lugar centralizado donde se recontaban pasándolas por una máquina. Por último, los datos se tabulaban y se hacían públicos.

A medida que los resultados llegaban, Dan se los transmitía a sus invitados. Cada ronda llevaba más buenas noticias. Más vítores. Más bebida.

Era un buen año para ser demócrata.

Entre los anuncios de Dan y las actualizaciones de la televisión, los invitados socializaban, bailaban y bebían. Llegaron a juntarse más de doscientas cincuenta personas en y alrededor de la casa.

La fiesta invadió la calle, pero no importó. La mayoría de los vecinos se encontraban en ella, nadie iba a quejarse. Y se trataba de buenos ciudadanos blancos. La policía incluso tuvo la amabilidad de cerrar ambos extremos de la calle y asegurarse de que quienes habían bebido demasiado llegaran a su casa sanos y salvos.

Dentro de la casa estaba teniendo lugar una orgía política. Los votantes se codeaban con los candidatos. Los candidatos se codeaban con los políticos en ejercicio. Los políticos en ejercicio se codeaban con los donantes. Y los representantes de los grupos de presión se codeaban con todos, si bien se evitaban entre ellos.

En cuanto a los funcionarios, había varios jueces. Alrededor del bufé pululaban muchos miembros del Ayuntamiento y había algunos representantes estatales entre los asistentes.

Ese fue el torbellino de emoción al que llegó Sandra Bissette.

En unos tiempos en que los hombres aún lo manejaban todo en política, Sandra esperaba llegar a ser alguien importante. El hecho de haberse graduado en Derecho en Yale no le venía mal, como tampoco tener la figura y la apariencia de Jackie Kennedy.

Sandra era hija de demócratas de toda la vida y su padre era el *sheriff* del condado. Aunque no formaba parte de la élite de Maryland, se estaba abriendo camino en ella. Llevaba dos años trabajando como asociada en un prestigioso bufete de abogados, después de haber completado unas prestigiosas prácticas en Washington durante el verano previo a su incorporación.

Esa noche, Sandra estaba sobre todo interesada en conocer a dos personas: Dan y Annette Applegate. Sabía que ambos trabajaban activamente para el Partido Demócrata de Maryland, aunque Dan tenía reputación de esnob, siempre a la sombra de su familia. Por lo que le habían dicho a Sandra, Annette era la más simpática de los dos. Conocía a todo el mundo y todo el mundo la quería. Sandra esperaba hacerse amiga suya.

Otra persona con la que pensaba derrochar su encanto era Harrison Kraft, un joven abogado de Yale que, a diferencia de ella, tenía los contactos adecuados. Unos años por delante de ella en la facultad de Derecho, Harrison se presentaba a un cargo de representante estatal. Cumplía las condiciones adecuadas: pedigrí familiar, formación, credenciales profesionales, etc. No había duda

de que llegaría lejos. Sandra había oído cosas buenas sobre él y le interesaba comprobarlo por sí misma.

Poco después de las 21:00, cuando Dan acababa de anunciar los resultados del condado de Montgomery, Sandra vio una buena oportunidad.

Annette se encontraba en el bufé charlando con Howard Patrick, un anciano representante de un grupo de presión, sobón y bastante pesado. Sandra enderezó la espalda, levantó la barbilla y se acercó.

—Hola, Howard —dijo con una gran sonrisa.

—Sandra, hola, querida. ¡Qué guapa estás!

—Vaya, gracias, Howard. Siempre tan encantador —dijo ella, dejando que le besara la mano.

—¿Conoces a nuestra anfitriona, Annette Applegate?

Cuando Sandra se volvió a saludar a Annette, vio que la mujer estaba mirando detrás de ella, por encima de su hombro.

—¡Eh! ¡Disculpa, jovencito! —dijo Annette, alzando las cejas y dejando ver unos deslumbrantes dientes aperlados.

Sandra se volvió y siguió la mirada de Annette hasta un niño vestido con un peto verde que estaba robando gambas del bufé.

—¡Ay, mierda! —dijo Billy con la boca llena de gambas.

—¡Tú! Ven aquí —ordenó Annette, entornando los ojos con fingida desaprobación.

Billy vaciló mientras observaba a la mujer joven, al viejo gordo y a su madre, que esperaba expectante con las manos en las caderas. Nunca había visto antes a la joven. Era nueva.

Inconscientemente, se volvió con lentitud para devolver a la fuente las tres gambas que tenía en la mano.

—Con las gambas, tonto —dijo su madre sacudiendo la cabeza.

Billy fue hacia ella, masticando muy rápido para poder meterse el resto de las gambas en la boca.

Howard le puso una mano en la espalda a Sandra, un poco demasiado abajo, y le murmuró:

—Niños..., mejor verlos que oírlos. Como solía ser.

Sandra intentó sonreír y luchó contra el impulso de alejarse.

El aliento de Howard olía a *whisky* y cigarrillos.

Annette oyó el comentario del viejo, pero lo ignoró.

—Supongo que no necesito preguntarte si has cenado. He dejado pastel de carne para ti en la cocina.

—Lo sé. Pero, mamá, estas gambas están increíbles.

—¿Y las albóndigas? —preguntó Annette, señalando la fuente del bufé.

Billy se sonrojó.

—También.

—Bueno, se está haciendo un poco tarde para ti —dijo Annette mientras primero despeinaba el cabello rubio de su hijo y le besaba después en la frente, lo cual hizo que se retorciera—. Termina las gambas y vete a la cama.

—¿Y papá? —preguntó Billy, mirando alrededor.

Annette suspiró.

—Le diré que suba a darte las buenas noches. Pero, vamos, jovencito, ahora —dijo Annette colocando sus manos en los hombros de Billy y conduciéndolo hacia las escaleras—. Disculpadme un momento —añadió mirando hacia atrás.

«Mierda», pensó Sandra. Se apartó educadamente a un lado, quitándose la mano del viejo de la espalda al tiempo que él iniciaba una conversación. Mientras in-

tentaba concentrarse en lo que estaba diciendo, intentó evitar mirar una cosa verde encajada entre sus dientes manchados de nicotina.

Diez minutos después pudo librarse de Howard gracias a Alan Watts, un tipo enjuto que solo era un poco más interesante que su interlocutor. Su familia tenía una pequeña cadena de tiendas de alimentación. La había invitado a salir hacía algún tiempo, y aunque ella lo había rechazado, podía ver que todavía tenía esperanzas. Alan se acercó a hablar con ellos y, después de unos minutos de conversación educada, Sandra se escudó en la «vieja excusa».

—Perdonen, caballeros —dijo sonriendo—, tengo que ir al tocador...

Una vez estuvo segura de haber escapado, continuó inspeccionando la habitación. Alrededor de media hora más tarde, mientras aceptaba otra copa de vino blanco de un camarero, notó una mano presionándole la zona de los riñones.

Oh, mierda; otra vez no.

—¿Sí, Howard? —Se volvió con una sonrisa falsa y se encontró a Annette Applegate detrás de ella.

—Te pillé —se burló Annette.

Sandra se echó a reír, aliviada y encantada con la broma privada de la mujer con quien esperaba intimar.

Iba a ser una gran noche.

Mientras Sandra y Annette charlaban amigablemente e intimaban, otras personas de la fiesta traspasaban los límites del civismo.

Se movían distintas sustancias.

El alcohol había empezado a circular cinco horas antes y se había bebido mucho. Pero se trataba de algo más que alcohol.

También se consumían drogas, aunque con discreción, claro. Si bien la mayoría las ingería solo con fines recreativos, algunos le estaban dando duro.

Lo más peligroso, porque les estaba afectando a todos y había mucha cantidad, era la potente y peligrosa combinación de dos estimulantes: victoria y poder.

Verás, la política no atrae tan solo a gente «normal». Como en todos los estratos de la sociedad, hay un espectro. Y en política hay también tipos poco recomendables. Los altivos y los petulantes. Los arrogantes y los despectivos. Y los sociópatas.

Mejor no mezclarlos con alcohol y drogas.

Para unos pocos, esa combinación de alcohol, drogas y victoria mezclada con poder es tóxica; crea una euforia que no conoce reglas. Ni límites. Ni miedo.

Arriba, Billy se había quedado dormido con la reconfortante presión del beso de buenas noches de su madre todavía fresco en su mejilla.

Una pequeña luz nocturna conectada en una toma de corriente de pared iluminaba su dormitorio, proyectando un cálido resplandor sobre un bola de béisbol acurrucada en un guante de receptor que yacía en una esquina junto a un bate de madera.

En un extremo de su pequeño cajón había un aeroplano en miniatura, un Douglas A-20 Havoc que había construido con su abuelo. Era una réplica del avión que el abuelo había pilotado en la Segunda Guerra Mundial. El avión estaba flanqueado por un osito de peluche para el que Billy decía que era demasiado mayor pero del que había rechazado deshacerse. El otro extremo del cajón estaba ocupado por la posesión más pre-

ciada del muchacho: unos robots que sus padres le habían regalado por su cumpleaños.

La habitación estaba en calma: los sonidos de la fiesta llegaban amortiguados.

Lo despertó una luz que entraba en su habitación, cuando la puerta se abrió de repente y después se cerró, acompañada por el ritmo de la música y el caótico sonido de voces.

Estaba adormilado y no intentó abrir los ojos. Se limitó a hablar a la oscuridad.

—¿Papá?

Sintió que la cama se hundía cuando su padre se sentó a su lado en medio de una nube que olía a alcohol y puros.

Después sintió unos labios secos en la frente. El beso lo hizo sonreír, adormilado.

Una mano le acarició el pelo. Se acurrucó en la almohada, durmiéndose de nuevo.

De pronto, la misma mano que le había estado acariciando el cabello se cerró sobre su boca. Era la mano de un hombre, aunque parecía suave. Pegajosa. No se trataba de su padre. Billy intentó sentarse, pero la mano apretó con fuerza y el hombre se echó sobre él, empujándolo hacia abajo, apartando las sábanas y clavándolo en la cama.

Billy notó una segunda mano que lo tocaba a tientas. No sabía qué hacer. Estaba aterrorizado. Abrió los ojos, pero estaba demasiado oscuro. Solo era capaz de ver una figura que lo presionaba. De oler el alcohol en el cálido aliento del hombre.

Cuando la mordaza que tapaba la boca de Billy lo forzó a aspirar ruidosamente el aire por la nariz, aparecieron las lágrimas. Mientras tanto, la búsqueda continuaba,

explorando, encontrando, acariciando y, después, alcanzando, penetrando. Sintió dolor. Le dolía por dentro.

Intentó luchar, pero no pudo. Las manos eran demasiado fuertes. El cuerpo, demasiado pesado. Tenía náuseas. El hedor de los puros y el alcohol en el aliento fétido resultaba repugnante. Y tenía miedo.

La bilis le subió por la garganta. Pero la mano sobre su boca le impidió vomitar. La tragó de nuevo. Su cuerpo comenzó a convulsionar.

Cuando lo hizo, la segunda mano se detuvo.

El peso del hombre se relajó sobre su cuerpo, dejando de presionar. La mano en su boca se aflojó ligeramente y Billy sintió la otra acariciándole el cabello. Quería moverse, pero estaba paralizado por el miedo.

Todo había durado unos cinco minutos. O quizá diez. Después el hombre se inclinó y Billy lo oyó susurrar:

—Duerme. Duerme. Estabas soñando. Vuelve a dormir.

El peso se levantó de la cama y, al hacerlo, la mano se apartó de su boca. Él se quedó ahí, temblando.

La puerta se abrió, dejando de nuevo entrar la luz y el murmullo de la música y las voces. En ese momento es cuando vio el perfil del hombre. La imagen se quedó grabada en su memoria. La imagen de un extraño cuya identidad conocería con el tiempo.

Después de cerrarse la puerta, la multitud comenzó a aplaudir mientras la banda tocaba la canción «No has visto nada todavía».

Solo en la oscuridad, Billy Applegate lloró en silencio hasta que cayó rendido por el agotamiento y se sumió en un sueño inquieto.